

8 HUMILIDAD

Para recibir el sacramento de la Confirmación, hay que estar en gracia. Conviene recurrir al sacramento de la Penitencia para purificarse en vista al don del Espíritu Santo. (Catecismo de la Iglesia Católica, 1.310)

.. Textos de la Sagrada Escritura:

- . “Aceptad el yugo que os impongo, y aprended de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontraréis descanso.” (Mt 11, 29).
- . “Entonces María dijo: “Soy la esclava del Señor. ¡Que Dios haga conmigo como me has dicho!” (Lc 1, 38)
- . “porque Dios ha puesto sus ojos en mí, su humilde esclava, y desde ahora me llamarán dichosa” (Lc 1, 48).
- . “Os digo que este cobrador de impuestos volvió a su casa perdonado por Dios; pero no el fariseo. Porque el que a sí mismo se engrandece será humillado, y el que se humilla será engrandecido” (Lc 18, 14)
- . “revestíos de humildad, porque Dios resiste a los soberbios y, en cambio, da su gracia a los humildes” (1 Pe 5, 5).

- El profe de rali nos dijo que “el infierno tiene las puertas cerradas por dentro”, yo la verdad es que no lo acabo de entender...

El primer pecado de la historia fue un pecado de soberbia: el “no serviré” a Dios de Lucifer. Y el primer pecado de la humanidad también fue sobre el orgullo: “seréis como dioses”, tentó el demonio a Adán y Eva.

El principal enemigo de nuestra santidad -y de nuestra felicidad- es la soberbia, el orgullo, el “yo”. Cuando queremos ser el centro, desplazando a Dios y a los demás, nuestra vida se va convirtiendo en “un desastre”, y lo pasamos muy mal: “si me han dicho, si no me valoran, si no me tiene en cuenta, si debo quedar bien o mal...”. Se convierte en un auténtico “infierno”, del que es difícil escapar, porque lo último que hace el soberbio es reconocer que lo es.

- Entonces nuestra sociedad no va sobrada de humildad...

El hombre “moderno” tiende a ser “autosuficiente”: no le gusta depender de nada ni de nadie, ni deber favores o tener que pedir ayuda. Quiere ser “independiente”. Y eso le lleva a sentirse solo, a no confiar en los demás, a aislarse. Y evita, por tanto, adquirir compromisos que le aten, que le quiten “la libertad”. Y como los “otros” también pretenden imponerse, el conflicto está garantizado: luchas de intereses, discusiones constantes... Vivimos en una sociedad muy “competitiva”: el egoísmo es frío y dificulta el afecto.

- Es extraño, porque en general la chulería no gusta a nadie...

La soberbia molesta especialmente a Dios, y a los hombres: creerse el mejor, despreciar a los demás, dárseles de perfecto... Produce “rechazo”, cae mal. Y al revés, la virtud que más gusta a Dios -por eso se fijó en María- y también a los hombres, es la humildad. La persona humilde, sencilla, natural, que reconoce sus limitaciones y que pide ayuda, “cae bien”, despierta simpatía.

El soberbio está todo el día criticando, todo le parece mal, porque piensa que él podría haberlo hecho mejor, es un perfeccionista, y le da envidia que los demás hagan cosas bien. El humil aprende de los demás, a quien siempre admira por alguna cosa, y es comprensivo con los errores del prójimo. Por eso el orgulloso no es alegre sino irónico y cínico, y en cambio el humilde está de buen humor, porque sabe reírse de sí mismo.

- ¿Entonces, aunque sea un “crack” jugando al fútbol, tengo que decir que soy un “paquete”?

La humildad es la verdad: hacemos cosas bien y hacemos cosas mal. Hay cosas que nos salen a la primera, y otras que no nos saldrán nunca. Quien diga que todo lo hace bien, que no debe arrepentirse de nada, o que diga que todo lo hace mal, que es un desastre, que no sirve para nada... Es que no se conoce.

Ser humilde no es ir cabizbajo o decir tonterías sobre uno mismo, ni tener poca personalidad. Es aceptar la realidad: Dios es Dios, y yo soy una criatura; antes de nacer yo, el mundo ya existía; y cuando me muera seguirá existiendo. Es alegrarnos con nuestra “grandeza” de ser hijos de Dios.

Ser humilde es, también, reconocer las cualidades que Dios nos ha dado y darle gracias. El humilde recuerda en todo momento que lo ha recibido todo de Dios: la inteligencia, la simpatía, la capacidad de trabajar... Y que no le “pertenecen”, que son para ponerlas al servicio de Dios y de los demás. Y como sabe que los demás las habrían aprovechado mejor no se llena de soberbia.

Conviene, por tanto, fomentar la autoestima. Tenemos muchas más cualidades que defectos. Por eso es mucho lo que Dios espera de cada uno. Tenemos un “encargo” importante que cumplir, una misión. No podemos confundir la humildad con la pereza o con ser apocados.

- ¿Y qué me aconsejas para ser humilde?

Lo mejor para ganar en humildad es “la sinceridad”. La soberbia nos lleva a querer quedar bien -ocultando los defectos, exagerando las virtudes-, a excusarse, a echar la culpa a los otros... La sinceridad lleva a la humildad -reconozco mis aciertos y mis errores-. El humilde no tiene problemas para confesarse. Pero la sinceridad verdadera exige un “examen de consciencia” bien hecho -teniendo en cuenta los hechos, no quedándose solo en impresiones o en simples deseos-.

Otro medio para crecer en humildad es aprender a “servir”. Para el soberbio servir es “una humillación” - ¿por qué tengo que hacerlo yo? ¡Siempre me toca a mí!-. El orgulloso se cree con “derecho” a todo, incluso a que le sirvan -no agradece los servicios que le hacen, desprecia los inferiores-. Al humilde, en cambio, le parece “normal” servir a los demás -La Virgen María, por ejemplo, sirve a su prima santa Isabel; sirve en las bodas de Caná; Jesús no ha venido a ser servido sino a servir; limpia los pies de sus discípulos- y utiliza el “por favor” y el “gracias”.

La paciencia también es muy amiga de la humildad. Debemos aprender a “convivir” con nuestros propios defectos y con los defectos de los demás. Este saber “soportarse” es, en el fondo, un realismo sano. Nunca seremos “perfectos”, es una aspiración imposible... ¡Qué vamos a hacerle! La paciencia es la ciencia de la paz.

- Antes has dicho que el soberbio no se da cuenta de que lo es... ¿Cómo puedo saber si soy humilde?

Un síntoma claro de humildad es “rezar”. Para el soberbio todo es muy fácil, se siente muy seguro, confía en sus fuerzas, por eso no pide ayuda, ni consejo, ni reza a Dios ante las dificultades: “la próxima vez lo conseguiré, he tenido mala suerte”. El humilde está acostumbrado a rezar, y a rezar mucho: pide por él y por los demás, implorando la misericordia de Dios.

El humilde confía siempre en Dios; se sabe “dependiente” de Dios; pero también “sabe” que Dios nunca le fallará, porque nos ama con locura -no “exige” de Dios ayuda, sino que implora su misericordia, lleno de esperanza-.

.. Examen sobre humildad:

- . ¿Sabes escuchar, o siempre quieres hablar tú?
- . ¿Admiras y te alegras con las cosas buenas de tus amigos?
- . ¿Intentas llamar la atención, ser el centro de las conversaciones, o aprendes a pasar oculto?
- . ¿Te molesta cuando te corrigen para ayudarte?
- . ¿Eres comprensivo con los defectos de los demás porque conoces tus limitaciones?
- . ¿Piensas que tus opiniones son las más objetivas e inteligentes?
- . ¿Sabes “convivir” con tus defectos y los de los demás?
- . ¿Te cuesta pedir ayuda, reconocer que no puedes con todo?
- . ¿Cuentas con las derrotas en tu lucha interior o te falta realismo?
- . ¿Aprendes de los demás, les pides consejo, aceptas sus sugerencias?
- . ¿Luchas en las indicaciones que recibes del preceptor o del Sacerdote?
- . ¿Das gracias a Dios continuamente?